



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

Francisca von Leer

Intelectual holandesa, convertida del judaísmo y comunismo. De vida agitadísima y novelesca. Es célebre por sus conferencias sobre su conversión y la posibilidad de la transformación cristiana del pueblo judío en Alemania, Holanda, Bélgica, Francia, Inglaterra, España, Italia, Polonia, Austria y Palestina. Sus libros más conocidos son *Harte, Historia de un alma* y *"De Vriend"* (El Amigo)

"La Ley (Thora) no me salvó; sólo me llevó al conocimiento de que yo pecaba". (Werfel, "Paulus unter den Juden". — Pablo bajo los judíos.)

"Yo no vine para quitar la Ley y los Profetas, sino para completarlos" (Mat. 5.17).

Mi camino de la Sinagoga a la Iglesia no es más que una prueba de estas palabras de Cristo. Aun cuando el camino a veces me conducía a un callejón sin salida, siempre la gracia de Dios volvía a enderezarme para que no me desviara de mi fin.

Nací en Amsterdam el año de 1892 de padres judíos; recibí desde mis primeros años instrucción religiosa, y aprendí el hebreo para entender la Sagrada Escritura. Mi madre era una mujer piadosa; me educó con severidad según la Ley del Antiguo Testamento y yo aprendí no sólo a conocer, sino a practicar con amor y persuasión las costumbres, el Servicio de Dios, el Culto religioso, tal como lo prescribe nuestra Ley.

Los Libros de Moisés, que se leían cada sábado en la Sinagoga, eran para mí la interesante y cautivadora historia de mi pueblo, del pueblo escogido de Dios. Mi

madre me enseñaba a sentirme agradecida por mi ascendencia y mi incorporación a ese pueblo.

Todavía más que los libros de Moisés amaba yo los libros proféticos del Antiguo Testamento de los que también se leían los sábados y días de fiesta algunos trozos. La descripción del Reino de Dios sobre la tierra, cuando el Mesías reinara como Rey, cuando el Cordero y el Lobo pacieran juntos, cuando los hombres transformaran sus armas en arados, cuando ningún pueblo pensara en dominar a los demás y un Niño hubiera de señorearlos a todos; esa descripción llenaba mi alma de niño del más profundo anhelo de la venida del Mesías.

En las clases de religión, y también en casa, preguntaba yo con frecuencia, cuándo se realizarían todas esas cosas; mas nadie acertaba a darme una respuesta satisfactoria. Pero cuando llegué a dudar de la verdad de esas profecías, fué cuando advertí que las respuestas de mis maestros y mis padres no sólo quedaban imprecisas, sino que se contradecían directamente. Uno me decía: El Mesías vendrá sobre las nubes, como Juez; otro: Nacerá, como hombre; y un tercero: No será ni Dios, ni Hombre, será una Epoca de la Historia: Cuando reine la paz sobre la tierra, es que el Mesías está ya presente.

Así, como ni el cumplimiento de la severa ley de Moisés, ni mi pueblo parecían garantizar el advenimiento del Mesías, sacudí de mí, a los 18 años de edad, el yugo de la Ley, para convertirme en un "espíritu libre". Y abandoné la casa paterna, para ganar mi pan en el Extranjero trabajando como estenógrafa, en vez de consagrarme, como deseaba mi padre, a los estudios superiores. Quería ser independiente, hacer mi voluntad, seguir mi camino.

La vida me desengañó profundamente, pero era demasiado orgullosa para reconocerlo. Para olvidar mis cuitas por unos instantes, comencé a frecuentar el teatro. Las óperas de Wagner, sobre todo, me causaban profunda impresión y, precisamente, porque el mismo anhelo de redención, que domina en los profetas, se cantaba aquí, muy de otro modo, es cierto, pero con idéntica amargura. Siempre hallaba en ellas hombres enmarañados en los pecados, siempre surgía alguien que los redimía, y, por cierto, a través del Sacrificio. En la ópera *Hollander* aparece Senta; en *Lohengrin*, el Caballero de los cisnes; en *Tannhäuser*, Isabel; en el ciclo de los Nibelungos, como nadie se sacrifica, tienen que hacer penitencia de sus pecados hasta los dioses. La cumbre de todas estas repre-

sentaciones la colocaba yo en Parsifal, ópera que vi muchas veces durante el año, y que resurgía en mi fantasía, cada vez que pensaba en el Mesías.

Fero el abismo entre el Hombre y Dios, Vida cotidiana y Religión, Ciencia y Fe, Mundo e Iglesia me parecía insuperable. Es cierto que durante largo tiempo consideré al Arte como única medianera entre Dios y los Hombres, y por muchos años me puse al servicio de esa Medianera. Como secretaria de los modernos movimientos artísticos intenté descubrir a los hombres por la palabra y por escritos la belleza de la pintura, la plástica, la música y la arquitectura modernas. Pero la guerra y sus horrorosas circunstancias agotaron muy pronto mi fuerza de trabajo, mi anhelo creador. ¿Cómo podía yo creer en el Mesías, en el Reino de Dios, en un reino de paz, en el momento en que sucedía todo lo contrario de cuanto los profetas, incluso Parsifal, prometen. No sólo no se transformaban las armas en arados, sino los arados se convertían en armas, y las propias campanas de las Iglesias, en cañones.

Yo quería curar heridos, convertirme en hermana enfermera. Pero no podía ver sufrir a los hombres; yo no tenía una respuesta para las inquietantes preguntas de los labios moribundos: ¿Porqué este sufrir? ¿Porqué la guerra? ¿Porqué la muerte?

A mí no me restaba ya un átomo de Fe, y no podía dar esperanza alguna sin mentir.

Esto me arrastró a la soledad. Leía, estudiaba, hojeaba libros de todas las edades y de todos los tiempos para hallar una respuesta a las preguntas, que ningún suceso había puesto tan de relieve, como la guerra mundial: ¿De dónde viene el hombre? ¿A dónde va? ¿Porqué está sobre la tierra? ¿Para qué el sufrimiento?

Fero en ninguna parte hallaba una respuesta satisfactoria, tranquilizadora. Veía muy bien que la ciencia de todas las edades se había ocupado y atormentado con esas interrogantes. Y unos les daban una solución religiosa, otros una solución social, otros una solución práctica. Pero la túnica de la verdad estaba rota, destrozada; cada cual tenía un retazo; pero ¿dónde estaba la túnica íntegra, la túnica inconsútil? Y yo ignoraba, que hace ya 1900 años, hubo un hombre que hizo esa misma pregunta: ¿Qué es la verdad?, cuando precisamente la Verdad, en figura humana, esta frente a él. Yo yo ignoraba, porque no conocía el Evangelio, pues de niña no se me había permitido leerlo, y, de mayor, no lo había querido leer, porque lo consideraba una leyenda.

Así tentaba yo a ciegas en la oscuridad de la terrena sabiduría. Como los hombres no tenían respuesta para mis preguntas, me acogí a las estrellas, a la Astrología. Pero la Astrología me mostró no más que la caricatura de un Fatum inevitable, que excluye la voluntad libre la Gracia y La Redención.

¡Tan oscuro hubo de hacerse en torno mío y en mí mismo, para que Dios dejase brillar la luz en las tinieblas, "la luz que ilumina a todo hombre, que viene a este mundo", la luz que mi pueblo ha rechazado con incomprendible ceguera hace 1900 años, y que todavía hoy no ha querido reconocer!

La Pasión de San Mateo. Yo había oído con frecuencia esta obra de Bach, había llorado sobre el paciente y amoroso Cristo, sin que El fuese para mí más que una figura de leyenda, algo así como Parsifal.

Pero leí el año 1918 las obras de Tolstoi, principalmente sus Diarios y Mi Evangelio. Allí alcanzaba Cristo ya algo más definida figura de hombre. Era de carne y sangre, tenía palabras de paz y de amor, tales como nunca había hablado ningún hombre. Así podía ser para mí un modelo, como lo propone Tolstoi; pero era sólo un hombre perfecto, no Dios!

¡Oh, cuán distantes están los caminos de Dios, que llevan a la veneración de Cristo, y a la adoración de Cristo! ¡Ningún hombre puede llegar a El sin la gracia de Dios! ¡Qué lejana estaba aún yo de la fé!

Cuando leí a Tolstoi decidí seguir al pie de la letra el Evangelio. Regalé todo lo que poseía y fui (como enseñaba Tolstoi) al campo, a casa de unos campesinos, para ganar el pan de cada día con un duro trabajo. Con mucho gusto me hubiera puesto a predicar; pero nadie me había de oír. Tal vez bastaba el buen ejemplo.

Pero quedé sola, y decidí por fin "intervenir en la historia del mundo". Escribí una carta al Kaiser alemán y le pedí una entrevista; quería inducirle a procurar la Paz por todos los medios. Era en agosto de 1918. Para estar segura de que mi carta había de llegar a su destino, rogué a una Princesa que me sirviera de intermediaria. Pero la única respuesta fué un corto, pero negativo, telegrama del Kaiser para ella. "¡Entonces..., viene ya la revolución!" le dije a la Princesa. Y en realidad yo no veía otra salida de aquel caos. Y, en efecto, el 9 de noviembre estalló la revolución. En el primer instante creí haber hallado en los jefes de la Revolución los Salvadores y los portadores de la Paz. Pero pronto hube de concluir, para mi desengaño, que no eran capaces de transformar ni a los hombres, ni la historia del mundo. Todavía me hundi en el torbellino, con la esperanza de poder hacer algún bien, con mi ejemplo, mi amor a la paz y al prójimo, como mediadora y mitigadora de males.

Nada ayudó. En Munich, donde yo actuaba, fué asesinado Eisner. Siguióse por cortos días un pavoroso gobierno de pandillas. Cuando a principios de Mayo de 1919 entraron las tropas blancas para libertar a Munich, estaba yo cierta que mis antecedentes me conducían irremediablemente a la cárcel. Yo había quedado convenida con los cabecillas en que se me cargara la misma responsabilidad que a ellos. Fui encarcelada inmediatamente y presen-

ACCIÓN CATOLICA

tada en un juicio que duró cinco horas. Pero no se sabía que habían de determinar de mí. Yo hablaba y hablaba del Evangelio, de Parsifal, de los Profetas. Uno de los jueces me preguntó porqué no me hacía cristiana, si estaba persuadida del Evangelio. Yo me reí a sus barbas: "Las dos gotas de agua del bautismo no transforman al hombre. Cristo era judío, como yo. Nunca llegaré a ser cristiana, cuando no he llegado a serlo ya por propia persuasión". Era de noche, cerca de las diez. Durante las noches se me encerraba en el sótano del castillo, donde se me juzgaba, porque las cárceles estaban sobrecargadas.

Fué la más memorable noche de mi vida. No se había dado ninguna decisión en mi causa, pero se veía que mis asuntos no iban bien. Los soldados de guardia conversaban sobre mí; sobre si mi suerte estaba decidida; es decir, si había de ser fusilada. Aquella noche la consideraba como la última de mi vida y hacía un balance sobre mi pasado. Entonces vi que no era un hombre que hubiera acabado su misión, pues no había hallado todavía la Verdad, la Paz, el Reino de Dios. Pero dónde estaba? ¿dónde hallarlo? En mi más profunda ansiedad me impuse un ultimatum; si existe un Dios, no puede dejarme morir, antes de hallarle a El. Si muero mañana, Dios no existe, a mi entender; porque en tal caso mi vida entera no hubiera tenido ni fin ni sentido. Pero si yo sobrevivo y quedo libre, ello será una prueba de que Dios existe, pues así podría enseñarme mi camino y mostrarme su voluntad. En tal caso, me entregaría totalmente a El: "para la gracia y la desgracia".

A la mañana fui puesta en libertad. Nunca he visto las "Actas" de mi corto proceso y por eso ignoro a qué circunstancias debo mi rápida libertad. Pero más importante que el origen natural de esa liberación, en su consecuencia sobrenatural: es decir mi Conversión.

Imposible relatar detalladamente cómo Dios doblegó mi recalcitrante voluntad, que repugnaba el bautismo. Estaba dispuesta a hacer cualquiera cosa por Dios, menos ser católica. No me retraían solamente los prejuicios de mi ascendencia judía, sino, principalmente, la ignorancia de todo lo que se relaciona con la Iglesia y la Fé, sobre todo una perfecta confusión de los conceptos: Gracia, Redención. Algunos libros del Padre Franciscano, Dr. Heriberto Holzapfel, me demostraron con lógica contundente la última consecuencia del Evangelio: el Bautismo; es decir: "Cristo es Dios".

En su libro, Pablo entre los Judíos, Francisco Werfel pone en boca de Pablo esta respuesta a la pregunta de Gamaliel: por qué se había hecho cristiano: —¿Cómo puedo hablar yo de El? ¿Cómo podría yo hablar de aquel instante en que la luz del cielo revolvió mi sangre, y llegué ciego a un nuevo mundo? Mi corazón se rompe, al sólo recordarlo. ¿Puede el hombre hablar de su nacimiento?"

Las palabras del hombre no son capaces de describir la Luz, que repentinamente irrumpe en la oscuridad de una alma descarnada, que busca el camino; Luz, que la Iglesia llama gracia.

Me parecería una profanación el intentar describir cómo penetró en mi alma el rayo de luz del conocimiento de la divinidad de Cristo.

Yo le pedí al P. Holzapfel el bautismo, inmediatamente! Pero me la aplazó, hasta que estuviera mejor instruida. Yo no quería esperar una vez que conocí, dónde estaba la verdad, y que mi soñado Reino de Dios, era lo que la Iglesia buscaba largos siglos, lo que trataba de extender por todas las tierras y pueblos; absolutamente, como los profetas lo habían descrito. Estaba inconsolable porque tenía que esperar. Fué entonces cuando la Providencia vino en mi ayuda.

Como holandesa, fui desterrada de Alemania. Todos los extranjeros recibieron entonces orden de destierro. Pero mi regreso a Holanda, suponía para mí el retorno a un hogar judío, donde se procuraría hacerme imposible la conversión. Por eso quise bautizarme antes, recibir los sacramentos, lo que ya nadie me pudiera arrebatar.

Pero no había modo de convencerle al experimentado y prudente Padre a que me bautizara sin preparación. Debía, según él, volver sin bautismo a Holanda, ser allí instruida. En mi duda corrí a la Iglesia del Convento; era una mañanita y ví cómo estaban repartiendo la sagrada comunión. Una fuerza salía de El, que todo lo sanaba. También a mí, mi alma enferma y débil. Ví acercarse los hombres a la comunión, y sentí en mí hambre de aquella "Blancura", cuyo nombre y esencia no conocía, pero que se me manifestaba sin palabras y me arrastraba a sí con poder irresistible. Yo también quería recibir aquella "cosa blanca". Entré al convento, le supliqué al Padre que me diera al menos "aquello blanco" ya que no me quería bautizar. Naturalmente el estaba irreductible y me instruyó sobre la Eucaristía. Mi hambre se hizo aun más irresistible.

—Le voy a traer un Padre holandés, un compatriota! El le dará direcciones de sacerdotes, a quienes Ud. se pueda dirigir en Holanda.

—No, no; yo no necesito ningún compatriota. Tráigame Ud. el sacerdote que repartía "aquello blanco". El no me negará la gracia que le voy a pedir. Moviendo la cabeza dejó el Padre el recibidor para buscarme mi compatriota. El no sabía a quién me refería yo. Había muchos Padres en el Convento y cada cuarto de hora le tocaba a uno de ellos el repartir la sagrada comunión. Y ¿quién me había de bautizar a mí sin estar aún instruida?

Pero de nuevo vino la Providencia en mi ayuda. Cuando se abrió la puerta del recibidor para dar paso a mi compatriota, reconocí con gran asombro, que era el mismo que había repartido la comunión. Era un holandés.

ACCION CATOLICA

Nuestra conversación fué corta. A su pregunta: ¿Qué es lo que desea?, le respondí: El Bautismo. El creyó que yo estaba del todo preparada y deseaba solamente ser bautizada por un compatriota. Para no engañarle le notifiqué que no estaba del todo instruida; pero quiso la providencia que sólo dos días después de mi bautismo se informara exactamente que yo todavía no conocía la Fé Católica.

Todo hubo de realizarse rápidamente; el 13 de Junio conocí al Padre holandés: Laetus Himmelreich; el 15 de Junio fui bautizada; el 16 de Junio hubé de abandonar Alemania, por una orden de destierro.

En la fiesta de la Santísima Trinidad se cumplió en mí el mandamiento de Dios expresado en el Evangelio del día: "Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo".

Fuí hecha hija de la Iglesia, de aquel Reino de Dios, que tanto tiempo y tan dolorosamente había buscado; po-

día participar en los Sacramentos. Resplandeciendo sobre todas estas alegrías y gracias se me ofreció el blanco Sol de la Eucaristía, Cristo en la Hostia. ¡El, el Enviado hace tanto tiempo, el desconocido Mesías, el Salvador, el Señor de los Señores, el Dios de Israel!

Con un agradecimiento que me brota de lo más profundo del alma elevé aquel día, y en todos los días sucesivos, un ruego al trono de Dios, una oración que la Iglesia recita el día de Viernes Santos con estas palabras:

"Todopoderoso, eterno Dios, que no excluyes de tu misericordia ni la perfidia judáica, acoge las súplicas que elevamos por la ceguera de aquel pueblo, para que conociendo la luz de la verdad, que es Cristo, se liberte de sus tinieblas".

(Lamping: Menchen die zur Kirche kamen pp. 89-98
Trad. de M. A. E.)

Marmolería Carrara

Caracas (Venezuela) — Carrara (Italia)

HNOS. DI PRISCO

Despachamos Presupuestos y Dibujos Esquina de Camejo N° 43-1 — TELF. 3034

La casa especialista en trabajos de Altares, púlpitos, balaustradas. Precios módicos

Señoras amas de casa

Recuerden que este es el mejor de los jabones para lavar y limpieza en general.



Inmejorable para usar en máquinas de lavar.

Al pedirlo a su abastecedor, no acepte substitutos.

EXIJALO USTED.

Fábrica. Teléfono: 20365.

R. Casellas e hijos.